

Recuerdos de Carlos Abascal

Dionisio A. Meade



Un encuentro con él era siempre grato. Su bonhomía, la delicadeza de su trato, la profundidad y congruencia de sus análisis pero, sobre todo, de su conducta; el respeto y la atención con que escuchaba a sus interlocutores, su capacidad para decidir y el sentido del humor, que sabía reconocer y que él mismo cultivaba, eran algunos de sus atributos más sobresalientes.

Llevaba años de conocerlo. Precisamente en la Cámara de Diputados, en la Comisión de Hacienda, en la LVI Legislatura, él siendo líder de un organismo empresarial y yo como asesor de esa instancia legislativa.

Esta circunstancia permitió formalizar una relación que ya se daba de manera natural a través de encuentros esporádicos que nos vinculaban por el hecho de ser vecinos cercanos en el rumbo de San Ángel.

Sabía de su activismo en la contienda presidencial a favor de Vicente Fox a cuyo triunfo lo integró como parte de su equipo como titular de la Secretaría del Trabajo.

En su desempeño siempre consideró que el país no se estaba reinventando por la nueva realidad política y que había que avanzar a partir de los logros ya alcanzados.

Aplicaba sus convicciones a su nueva responsabilidad y propiciaba que, en las instancias de conciliación que encabezaba, prevaleciera el sentido de justicia social que debía acompañar a las relaciones entre los factores de la producción.

Respetuoso de los liderazgos de los trabajadores, actuó como era, sin dobleces, proponiendo a la mesa de negociación la firmeza de sus convicciones y aportando su incuestionable autoridad moral.

No transigía con la justicia y llevó a muchos empresarios a realizar esfuerzos extraordinarios para llevar a buen término la firma de un contrato colectivo.

Buscó con afán mejorar las condiciones de remuneración de los trabajadores y, en una conducta verdaderamente inédita, hizo mayoría con los trabajadores en la determinación de los salarios mínimos.

Se ganó no sólo el respeto sino el aprecio de muchos líderes sindicales, quienes acabaron siendo sus amigos.

En la CTM todos recuerdan con afecto y gratitud las palabras que pronunció en recuerdo de Leonardo Rodríguez Alcaine, con motivo de su fallecimiento, en el homenaje de cuerpo presente que se le hizo en la sede de su organización.

Desde su capacidad de secretario, nos reunimos con alguna frecuencia en desayunos que convocaba mi hijo José Antonio, quien se le había acercado en búsqueda de consejo para asegurar que se diera un buen cauce al proceso que estaba coordinando para la liquidación de Banrural y para el nacimiento de la Financiera Rural.

Al igual que ahora, yo estaba en el Banco de México, como asesor de la Junta de Gobierno, en especial con asuntos vinculados a la relación de esta Institución con el Congreso de la Unión, así que nuestros desayunos siempre tenían un

material interesante y trascendente para conversar sobre la situación del país.

En junio de 2005, Carlos Abascal fue designado secretario de Gobernación, precisamente días antes de uno de estos desayunos que teníamos agendado.

Ante esta nueva responsabilidad, pensé que se iba a cancelar el encuentro. Todo lo contrario, lo confirmó y dio ocasión para que, entonces, me formulara una invitación para sumarme a su equipo de trabajo como subsecretario de Enlace Legislativo.

Fue el suyo un dato de confianza que siempre agradecí. Asumía un riesgo frente a quienes pensaban que por mi circunstancia política podía poner en riesgo la objetividad de mi entrega a esta nueva labor.

No fue así. Ambos sabíamos que la responsabilidad de la relación del Ejecutivo con el Poder Legislativo era claramente una función de Estado que nos ubicaba por encima de preferencias políticas y que ponía al país como primera prioridad ante el quehacer con el legislativo.

Lo que sí fue cierto es que, bajo su conducción, el esfuerzo realizado permitió recuperar un diálogo político que descansó en la confianza de diversos grupos parlamentarios de ambas cámaras, lo que se tradujo en la aprobación de importantes leyes que han sido de gran trascendencia para el país.

Un primer esfuerzo, al llegar, tuvo que ver con la solución del problema de los cañeros que llevaban semanas en las calles y a quienes se atendió en el marco de una solución política y legislativa que volvió la negociación a las mesas de las oficinas.

Más adelante nos enfrentamos a la discusión del Paquete Económico para el año 2006, que fue aprobado en tiempo y forma. Este logro tiene que ponderarse a la luz de las circunstancias, ya que para entonces todavía no había terminado

el proceso legislativo del Programa Económico para 2005, el cual se había sujetado a una controversia constitucional que, en adición al problema jurídico-legislativo, había traído consigo un grave deterioro en la relación entre el Congreso y el Ejecutivo Federal.

Más tarde se logró la aprobación de trascendentes reformas a la Ley del Mercado de Valores cuya verdadera importancia se ha podido aquilatar hasta ahora, en el huracán de la crisis financiera que atravesamos.

De igual forma, en el último período de sesiones de la LIX Legislatura se aprobó la Ley de Presupuesto y Responsabilidad Hacendaria que, otra vez, ha sido esencial para un ordenado proceso presupuestal en los muy difíciles años siguientes.

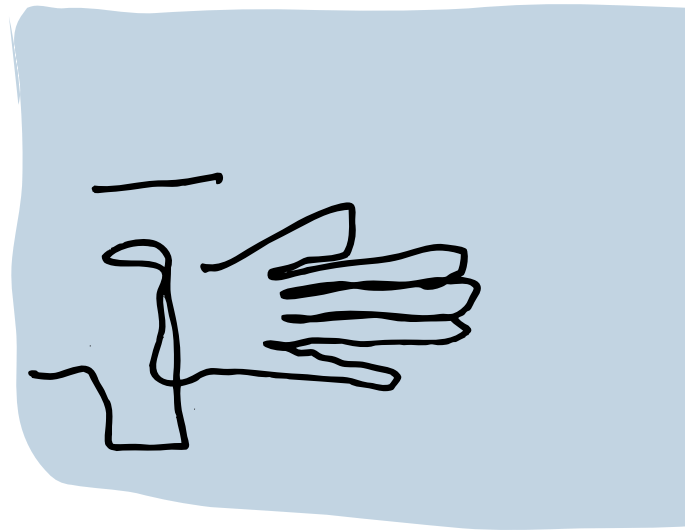
Muchos otros logros pudieran relatarse. Pero para obtenerlos debe subrayarse que era el propio secretario quien encabezaba todas las instancias de diálogo y negociación, tanto más complicadas cuánto que estábamos insertos en un competidísimo proceso electoral sobre cuyo desenlace nadie podía tener certeza.

Nunca se permitía el lujo de dar espacio a sentimientos o agravios que pudieran frenar o entorpecer el diálogo, aun cuando, dadas las circunstancias, muchos eventos generaban dificultades en la comunicación.

En una de esas ocasiones, el Coordinador de la bancada del PRI en la Cámara de Diputados, con quien fue estableciendo una sólida amistad, nos informó que no asistiría a una cita a la que se le había invitado. En sus palabras, “que no cruzaría el Jordán”.

Poco después se celebró un evento solemne en la propia Cámara de Diputados y el secretario Abascal se aseguró de asistir y al encontrar al Coordinador del PRI le dijo con humor: “Aquí estoy. ¡Tuve que cruzar el Jordán para venirme a saludar!”.

Como había pasado con los líderes obreros,

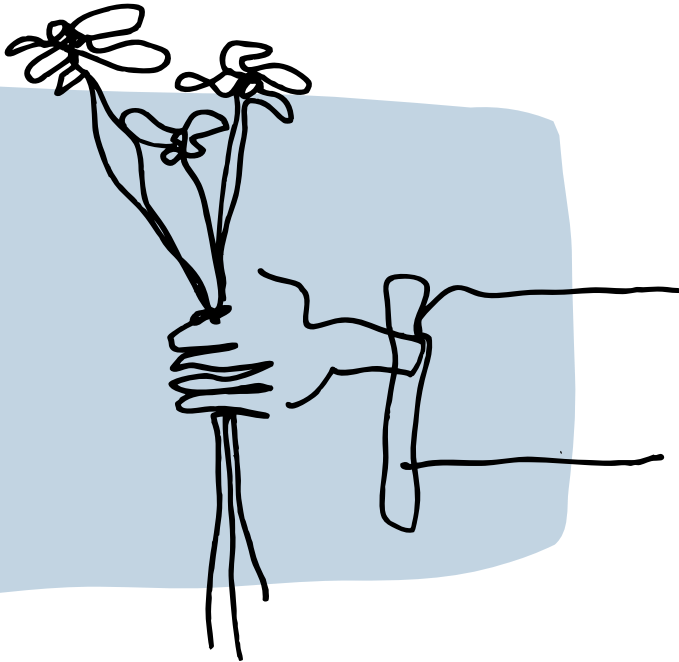


su paso por la Cámara se volvió una cosecha de nuevos amigos a los que siempre respetó y cuyos puntos de vista siempre fueron escuchados. Con la misma confianza expresaba los suyos y, debo decirlo, muchas de estas relaciones de amistad se siguieron cultivando una vez que Abascal dejó de ser secretario y ellos dejaron de ser legisladores.

Haber formado parte del equipo de primer nivel del secretario, superior de servicio, como él lo llamaba, porque era el de mayor jerarquía y debía ser el de mayor servicio, me permitió ser testigo de otras batallas incansables que tuvo que dar para bien del país.

A veces se olvida que durante esos meses se vivió un intensísimo proceso electoral en el que todos los actores daban sus batallas sin cuartel. Le tocaba ser pararrayos de muchas inconformidades de diversos actores que, alrededor de actitudes del Ejecutivo que criticaban como parte de sus campañas, se las reprochaban como si fueran propias. Siempre las atendió y las procesó.

Hizo lo imposible, por sí mismo y valiéndose



de interlocutores de diferentes signos políticos, por evitar que se generara la intervención de la policía en Oaxaca, porque sabía cuál podría ser la respuesta de los numerosos contingentes de maestros después de un enfrentamiento. Los hechos confirmaron las horas de negociación que se tuvieron que dedicar a este conflicto y lo costoso que resultó su solución a partir, precisamente, de un acuerdo con los maestros cuyo movimiento iba escalando en el horizonte nacional.

Sabíamos todos, el secretario el primero, que el escenario poselectoral más complicado, que fue el que se materializó, sería el de un triunfo por muy poca diferencia a favor del candidato del partido en el gobierno.

Por eso había establecido desde hacía muchos meses una convocatoria para un diálogo, que nunca perdió y que resultó esencial para enfrentar tiempos tan complicados, con prácticamente todos los actores y dirigentes políticos a partir de una premisa fundamental: el respeto a los acuerdos.

A los pocos días de la elección, empezó el

plantón en Reforma que tanto polarizó a la sociedad.

En medio de ese ambiente político y social tan fracturado hubieron elecciones en Chiapas y Tabasco que se llevaron a buen fin, y se atravesó el Sexto Informe Presidencial cuya lectura no pudo realizarse.

Para levantar el plantón propuso la decisión de que el Presidente Fox no estuviera en la ceremonia del Grito en el Zócalo, cuya celebración estimaba que hubiera sido de altísimo riesgo. Él, en cambio, tuvo las agallas de estar presente en el balcón, al lado del Jefe de Gobierno de la Ciudad, en el Grito que éste encabezó. Quienes han criticado una supuesta debilidad del secretario debieron haber estado allí, al alcance de esa multitud.

Tras la publicación del Bando que declaraba Presidente al candidato del PAN, se aplicó, y todo su equipo así lo hizo, a propiciar el mejor entorno para el cambio de gobierno.

Eso implicó múltiples instancias con actores políticos de todos los signos y tendencias para ensanchar las áreas de entendimiento. Con la misma actitud de respeto, de diálogo, de prudencia y de entrega a las mejores causas del país.

Al acercarse el cambio de gobierno se intensificó una creciente campaña en el sentido de que si el Presidente no acudía a presentar su protesta al Congreso de la Unión, en realidad no asumiría su responsabilidad.

No obstante la fragilidad de esta postura, había que hacerle frente. Participó entonces en el diseño de un evento, que se celebró a la medianoche del inicio del primero de diciembre de 2006, en el que el presidente saliente le entregó la Banda presidencial al Presidente entrante quien, tras aceptarla, tomó su primera decisión: la designación de su gabinete de seguridad.

Este evento no dejaba ninguna duda: había

Presidente de la República y había adoptado ya una decisión trascendente.

Para sorpresa de muchos, Carlos Abascal no se incorporó al nuevo equipo de gobierno; en cambio, se sumó al Comité Ejecutivo del PAN.

Nuestra relación de amistad, que había sido muy grande, se acrecentó todavía más en esta nueva etapa.

Nos veíamos con frecuencia, en muchas ocasiones con el círculo de amigos que habíamos armado desde la Secretaría de Gobernación, en una mesa plural en la que el tema de nuestras conversaciones siempre giraba alrededor de los intereses del país.

Todos entonces supimos de su enfermedad y, en cierta forma, la vivimos en estos encuentros en los que nos era evidente el deterioro de su salud.

No obstante, para todos resultaba ejemplar su presencia de ánimo y su interés por estar siempre informado, siempre al día de la evolución nacional.

Como parte de estos encuentros, nos reunimos a desayunar un viernes en la casa. No sabía entonces que sería nuestro último desayuno. Llegó un poco tarde, algo completamente inusitado, porque uno podía poner el reloj con su puntualidad.

Al disculparse, nos dijo que había pasado una noche muy mala. El martes siguiente fue al hospital de donde ya no lo dejaron salir sino a su casa para que allí pasara sus últimos días.

En uno y otro lugar lo visité con frecuencia. Estaba comprometido con que se celebrara la boda de su hijo sin importar cualquier desenlace.

Y preparaba con ilusión su mensaje para el 26 de noviembre en el que la Universidad Anáhuac le otorgaría el Doctorado Honoris causa.



Así lo vi en su casa, con la computadora en sus manos, revisando una y otra vez el texto al que le daría lectura. Y con libros a su alcance para documentar alguna idea o para incorporar una cita.

Siempre alegre en el sufrimiento. Sin quejarse jamás. Describía lo que le estaba pasando para luego concluir: “pero está bien. Es lo que Dios quiere.”

Con motivo de ese homenaje, los organizadores del evento me pidieron algún comentario para tratar de conocer mejor a Carlos Abascal.

Me permití enviar unas breves líneas por escrito. Para concluir estos recuerdos quisiera reproducirlas, no sin antes expresar que doy gracias a la vida por haber tenido la oportunidad de conocer a Carlos Abascal; por haber sido su colaborador, pero sobre todo, por haber sido su amigo.

Estas son las palabras que, con leves ajustes, entonces remití y que tenían la forma de una breve lectura de introducción al evento de la Universidad Anáhuac:

“El verdadero reconocimiento que podemos darle a don Carlos Abascal es el que segura-



mente le haría Nuestro Señor, recordando a Natanael, al verlo entrar a esta sesión: “He aquí un verdadero hombre en el que no hay ningún doblez.

“Y Carlos quizá podría preguntarle cuando lo vio y Jesús le diría: “Allí estaba yo contigo cuando estabas debajo de la higuera, es decir, cuando meditabas mi Palabra.

“Cuando formabas parte de esa familia numerosa encabezada por tus padres que fueron capaces de iniciar su vida matrimonial lejos, en el desierto, fundando en Baja California, la colonia de María Auxiliadora.

“Cuando, más tarde, te entregaste a la severa vida del Seminario que te dio oportunidad de conocerme mejor.

“Cuando, en una nueva etapa, ya profesionalista, con Rosita, tu compañera de toda la vida, iniciaste la aventura de tu propia familia y me consagraste a todos tus hijos. Cuando, generosamente, me permitiste llevarme a uno de ellos, que ya está conmigo, habitando la morada que le hice con mi Padre.

“Cuando en tu trayectoria profesional te abriste espacios para liderar los esfuerzos de la

sociedad en búsqueda de mejores condiciones para tu país y adonde lograste escalar hasta la presidencia de la Coparmex.

“Cuando pudiste ver los frutos de una larga batalla por el cambio democrático, a la que tú contribuiste, y entraste al servicio público nada menos que con la tarea de armonizar las relaciones entre los factores de la producción.

“Cuando desde la Secretaría del Trabajo, con María de Guadalupe, Mi Madre, como Patrona de México, iniciaste una nueva etapa en la que la visión no era la contienda ni el enfrentamiento sino la suma de voluntades y la concordia para procurar, en un entorno de justicia y de amor, la mejora de las condiciones de los trabajadores de este país.

“Cuando, desde la Secretaría de Gobernación, arrancaste un proceso de diálogo entre todas las fuerzas políticas del país para que el momento electoral no implicara una ruptura de nuestro tejido social.

“Cuando, con paciencia y con amor, no permitiste que la ofensa del adversario te lastimara sino que, por el contrario, la utilizaste como un acicate para procurar todavía más el diálogo democrático preservando tu interlocución con todos los actores de la sociedad.

“Cuando supiste llevar con silencio y humildad las afrentas de que fuiste objeto, en pleno siglo XXI, no por lo que hacías sino por lo que creías.

“Cuando has sabido llevar con amor esta enfermedad con la que me has acompañado en mis dolores de la Cruz.

“ Por eso, en este reconocimiento, iluminados por tu ejemplo, por tu larga vida de testimonio y congruencia, podemos decir con Jesús: “ He aquí un gran hombre en el que no hay ningún doblez”.

Ahora tendría que añadir: Ya también estás tú con el Señor en la morada que Él mismo te preparó. **B**